

LA MIRADA FUNDACIONALISTA DE WITTGENSTEIN

Graciela Gómez

Resumen

Me interesa analizar y discutir la postura que sostiene Wittgenstein frente a los argumentos de Moore y los escépticos, en relación al problema de la justificación del conocimiento. Con ello pretendo destacar la particularidad de su enfoque, que presenta rasgos de una singular visión fundacionalista en la cual la verdad y la falsedad, el conocimiento y la justificación, se dan dentro del juego del lenguaje. Fuera del mismo subyacen los fundamentos en un nivel que responde a categorías distintas de aquellas que rigen el juego. Y veremos que la certeza, entonces, aparece distanciada del conocimiento, afincada en ese suelo no racional que subyace a lo proposicional, sin ser susceptible de prueba ni de justificación.

Wittgenstein's foundational stance

Abstract

Wittgenstein's stance vis-à-vis Moore's and the skeptics' arguments concerning justification of knowledge is discussed. His peculiar foundationalist point of view is thus highlighted: truth and falsity, knowledge and justification, take place in a language game. Outside it, foundations lie at a level where categories different from those of the language game apply. Consequently, as will be shown, certainty appears at a distance from knowledge, rooted in the non-rational pre-propositional ground, and not susceptible of proof or justification.

Las notas de Wittgenstein que dieron lugar a su escrito *Sobre la certeza* no escapan al desconcierto al que nos tiene acostumbrados ya desde las primeras líneas del *Tractatus*. En el caso de su última obra, en la cual nos vamos a centrar, nos sorprende porque critica tanto a los que ponen en duda la posibilidad de un conocimiento seguro, como a la parte contraria, representada por Moore, que abraza la certeza. Pero además, nos sorprende también porque mezclados con rasgos innegables de contextualismo, se perfilan claramente en la postura que defiende, rasgos propios del fundacionalismo.

Me interesa analizar y discutir la posición que sostiene el autor frente a los argumentos de Moore y los escépticos, en relación al problema de la justificación del conocimiento. Con ello pretendo destacar la particularidad de su enfoque, que presenta rasgos de una singular visión fundacionalista en la cual la verdad y la falsedad, el conocimiento y la justificación, se dan dentro del juego del lenguaje. Fuera del mismo subyacen los fundamentos en un nivel que responde a categorías distintas de aquellas que rigen el juego. La certeza, entonces, va a aparecer distanciada del conocimiento,

afincada en ese otro suelo no racional que subyace a lo proposicional, sin ser susceptible de prueba ni de justificación. Pero a la vez, ese sustrato constituye el suelo último de toda significatividad y conocimiento.

El tema que nos interesa surge a medida que discute con Moore y los escépticos. Cuando un antiguo alumno suyo, Norman Malcolm, le leyó un ensayo donde sostenía que Moore había empleado mal las expresiones “yo sé que”, o “conozco con certeza”, o “es cierto que”, porque se había desviado de su uso ordinario, Wittgenstein quedó fuertemente impresionado. Eso lo llevó a ir anotando observaciones, en su estilo característico, acerca del uso correcto de tales expresiones, y extendió sus reflexiones, además, a la cuestión de la certeza. Eso constituye el contenido de su última obra, que actualmente está recibiendo muchísima atención, y donde comenta y discute sobre temas tratados por Moore en sus tres escritos más importantes (*Una defensa del sentido común*, *Prueba de un mundo externo* y *La certeza*). Sólo digamos acá que es notoria la influencia de Moore en los planteos e indagaciones de Wittgenstein respecto de los temas que ahora nos ocupan.

Al igual que Moore, y en contra del escéptico, Wittgenstein apoya la idea de que hay certezas fundantes y sólidamente plantadas; pero, como veremos, -y como apuntara Malcolm-, hay un uso inapropiado del “saber” y del “dudar”, cuando se aplican a esas expresiones que constituyen para Moore el punto de vista del sentido común.

Una particularidad de la crítica de Wittgenstein dirigida tanto a la postura de Moore como a la de los escépticos es que apunta a la forma misma de la argumentación, al procedimiento que ponen en práctica cuando defienden o bien que hay proposiciones ciertas, o bien que la duda prende por todas partes. Y por ello podemos decir que se amplifica el alcance de su crítica a otros autores que sigan ese mismo procedimiento, independientemente de la postura que ataquen o defiendan. Aunque rescata ciertas afirmaciones que presenta cada una de las partes, insiste en señalar lo errado del planteo. Desde su concepción pragmática del lenguaje como forma de vida, su argumentación apunta a mostrar que la cuestión de la duda, el conocimiento y la certeza ha sido mal planteada y carece de sentido. Hay una equivocación de base. El modo como los dos bandos en pugna presentan el problema le quita legitimidad. En definitiva, están discutiendo un pseudo-problema, al que no corresponde entonces -como ya lo estableciera en las *Investigaciones filosóficas*- buscarle una solución, sino disolverlo. El

lenguaje del escéptico pierde toda significatividad cuando se lo usa en un juego que supone la duda absoluta. El eje de la argumentación de Wittgenstein es su defensa del uso normal de nuestras expresiones, del empleo de las palabras dentro de determinados juegos de lenguaje que legitiman su significatividad.

Porqué piensa que Moore también se equivoca: no sólo porque está convencido de haber dado una prueba inobjetable de la existencia de objetos externos (con la conocida prueba de las manos), sino, y éste es el punto que enfatiza Wittgenstein, porque cree que *sabe* lo que afirma saber. Como él mismo dice, *sabe* todas esas proposiciones del sentido común, *sabe* que la gente muere, *sabe* que se llama George Edward Moore, *sabe* que la Tierra no ha empezado a existir ayer, *sabe* que tiene dos manos. Wittgenstein no va a decir que estas proposiciones son falsas, pero tampoco va a aceptar que de ellas pueda predicarse la verdad. Es su pretensión de conocimiento lo que falla, lo que está de más. Porque carecen de sentido; saltaron fuera del juego, y al hacerlo perdieron toda posibilidad de inteligibilidad. Hay un uso incorrecto del *saber que*, *dudar que*, *es cierto que*, porque estas expresiones han sido aisladas de su contexto.

Lo mismo pasa con el escéptico, que yerra en su forma de argumentar al pretender dudar de todo, presentando una duda “vacía” y “ociosa”, ficticia porque, dirá Wittgenstein, el juego mismo de la duda ya supone la certeza. Moore no cayó en la cuenta de que lo está usando fuera de su sentido ordinario. Porque en el lenguaje corriente usamos ‘saber’ cuando la duda es posible, cuando se pueden presentar evidencias a favor del pretendido saber, y entonces, sobre estas proposiciones sí tiene sentido ejercer el juego de la duda. No puedo dudar de que estoy acá sentada o de que tengo dos manos. Si alguien ahora, parado frente a mí, me preguntara ¿está Ud. sentada frente a mí? No sólo yo, todos nos quedaríamos pasmados. El contexto no permite esa duda, la vuelve ininteligible, del mismo modo que en otros contextos bien podría ser totalmente pleno de sentido el dudar acerca de si tengo dos manos (después de un accidente, por ejemplo). Por eso dirá Wittgenstein que separadas del contexto donde se las usa, las proposiciones se “fossilizan”, porque su significado está en función de su uso y éste se da siempre ligado a un contexto, no es algo que se adjudique de manera arbitraria a un juego de lenguaje particular.

Acabo de hacer un análisis excesivamente breve de la discusión que en *Sobre la certeza -On Certainty*, OC de aquí en adelante- mantiene Wittgenstein, sin citar siquiera alguno de sus ricos aforismos, para llegar al punto en el que me quiero detener. Y no la he podido obviar porque me parece que es justamente esa discusión, con los puntos que a propósito he destacado, la que lo lleva a repensar el problema de la certeza que hace las veces de horizonte donde se despliega su mirada fundacionalista.

Wittgenstein no rechaza todo lo que sostienen Moore y los escépticos.

Está de acuerdo con el primero en que hay una clase especial de proposiciones que no necesitan justificarse (“tengo un cuerpo”, “la Tierra existía antes de que yo naciera”). Pero no necesitan fundamentarse, porque ya lo están. Forman parte de nuestras creencias básicas que se sostienen unas a otras y constituyen el trasfondo de todas las demás. Por eso no tiene sentido probarlas ni ponerlas en duda. Más aún, son ellas las que posibilitan el juego de la duda; constituyen el “trasfondo” o “andamiaje” sobre el que distinguimos lo verdadero de lo falso y que se ha consolidado en las etapas iniciales de nuestro entrenamiento lingüístico. Y el mismo argumento esgrime frente a la duda del escéptico, el cual cuestiona lo que el juego no permite; falla porque desde dentro del lenguaje, usándolo, practicándolo, intenta ponerlo en duda. Duda de lo que no se puede dudar.

Acá Wittgenstein está trazando una distinción entre dos tipos de proposiciones o dos usos diferentes de las expresiones “yo sé que ...” o “yo dudo que...”, y el pasarla por alto es lo que conduce a las confusiones en las que quedaron atrapados Moore y los escépticos.

Por un lado, están las proposiciones -ordinarias- que usamos respetando las reglas del juego, tal como lo aprendimos a través de nuestra actuación en el mundo. Si alguien me pregunta si la puerta del frente de mi casa está abierta, le voy a contestar que no, que sé que está cerrada; acabo de cerrarla. Así hemos aprendido a usar el “sé que”, empleando la expresión en un juego donde afirmamos contar con razones a favor de nuestra aseveración o de nuestra duda. Esa es la regla.

Pero en el caso de que ahora uno de Uds. me diga “Sé que Ud. está sentada”, ese uso del verbo saber causará confusión. Sólo en circunstancias especiales puede tener sentido ese juicio, si no, nos perturbará. Lo mismo respecto a la duda acerca de “esto es

mi mano”. Estas pertenecen a un segundo tipo de proposiciones donde la duda no es aplicable, no pertenece al juego o, como dice Wittgenstein, lo anula.

Estas son las proposiciones que nos interesan para la cuestión del fundamento. Las caracteriza como gramaticalmente análogas a las proposiciones empíricas ordinarias, aunque se comportan más como reglas que como afirmaciones acerca del mundo. De modo que aparentan ser empíricas, pero en realidad son *especiales*, de orden lógico: indican los límites dentro de los que se puede decir con sentido lo que se sabe (es decir, lo que se puede justificar) o lo que puede ser puesto en duda. Y de ellas no cabe decir ni que se las conoce ni que se las pone en duda, ni que sean verdaderas o falsas; no están justificadas ni son justificables mediante razones a su favor. Constituirían una especie de certeza primaria que tiene su origen en la práctica misma del entrenamiento lingüístico. Y esa certeza es la que posibilita el error o la duda. Además, están entrelazadas en un sistema, en una red.

Lo que sea la certeza, hay que buscarlo por el lado de estas proposiciones. Porque a ellas cabe atribuirles o bien que son relativamente ciertas, o que lo son de una manera absoluta.

Las dos maneras de concebir estas proposiciones-bisagra (*hinge-propositions*) equivalen a sus dos modos de describir la certeza: uno relativo y otro absoluto. En varios aforismos nos dice que en algún momento una *hinge-proposition* puede ser cuestionada. Pero mientras está funcionando como tal, no es parte del juego sino que le sirve de apoyo desde afuera. Las compara con instrumentos como un telescopio, al que consideramos confiable hasta que pasamos a ponerlo bajo sospecha si en la observación algo sale mal y, en tal caso, pasaremos a examinar el telescopio mismo. Acá se destaca la idea de que lo que se mantiene firme es relativo al contexto.

Esta idea que apunta al modo de ser relativo de tales proposiciones especiales se destaca en la rica metáfora del río (OC, #96): hay proposiciones que se solidifican y otras que fluyen, y esto con el tiempo puede cambiar: “Podríamos imaginar que algunas proposiciones, que tienen la forma de proposiciones empíricas, se solidifican y funcionan como un canal para las proposiciones empíricas que no están solidificadas y fluyen; y también que esta relación cambia con el tiempo, de modo que las proposiciones que fluyen se solidifican y las sólidas se fluidifican.”

E inmediatamente, en el párrafo que sigue (#97), nos dice “... Pero distingo entre la agitación del agua en el lecho del río (el lecho rocoso) y el desplazamiento de este último, por mucho que no haya una distinción precisa entre una cosa y la otra.”

La diferencia que hace entre las aguas del río y su lecho de roca firme ilustra otro modo de considerar lo fundacional (en otro nivel), un modo no-proposicional y, además, su carácter absoluto.

Es muy probable que Wittgenstein no tuviese en mente este modo o punto de vista al comienzo de su último escrito, porque parecía sobre todo interesado en los textos de Moore, con su énfasis en lo proposicional. Pero este otro tratamiento de la cuestión, más hacia el final, va emergiendo gradualmente hasta volverse dominante en los últimos pasajes. Sin embargo, la cosa no es tan simple, porque también hacia el final del texto (por ej. OC #653) reaparece el punto de vista proposicional.

En esta segunda consideración de la certeza lo fundacional aparece no ya con un carácter relativo ni proposicional o intelectual, sino como absoluta y no-intelectual: ahora pasa a ser caracterizada como algo primitivo, instintivo, animal; como nuestro actuar, y como aquello que surge de nuestro entrenamiento rutinario en prácticas comunitarias.

Entonces sí, ahora podemos ver la diferencia de fondo, entre Wittgenstein y Moore, respecto de la certeza: ambos la aceptan, pero en planos distintos. Para Wittgenstein, no depende de pruebas o evidencias, no está sujeta a justificación; es lo que se mantiene firme, pero fuera del juego, como su soporte o andamiaje. Es lo que lo hace posible, permite que el juego se despliegue. El escéptico también sale del juego, pero se relaciona con éste de una manera distinta: al dudar de todo, se eliminaría el juego porque ni siquiera podríamos hablar, negaríamos el uso ordinario a nuestras expresiones.

Hay intérpretes que ven en Wittgenstein un autor preocupado por el fundamento del lenguaje y el significado, mientras otros, como Rorty *-La filosofía como espejo de la naturaleza-* piensan que trazó un corte, una ruptura, con esta cuestión. También es un hecho que sus últimos escritos fueron etiquetados como posturas extremas de relativismo o convencionalismo (Trigg, por ejemplo).

Gertrude Conway *-Wittgenstein on Foundations-* estaría dentro del primero de estos grupos de intérpretes y hace un esclarecedor y detallado análisis del itinerario que

siguió Wittgenstein en cuanto a su preocupación por los fundamentos, y cómo fue cambiando su perspectiva en esta búsqueda a medida que modificaba notablemente su propia concepción del lenguaje.

Ella no considera que Wittgenstein dé un tiro de gracia a la cuestión de los fundamentos, sino que lo ve comprometido en continuar esta discusión filosófica, apreciación con la cual coincidimos, como puede verse en el hilo de nuestra argumentación.

En cuanto a *Sobre la certeza*, es indudable que el asunto del fundamento está entrelazado con la actividad de los usuarios del lenguaje comprometidos en una forma de vida, donde el contexto, el sujeto y sus prácticas enmarcan la búsqueda de la roca firme que sostiene las corrientes del río. Pero también es cierto que, en el fondo, nada asegura que alguna erosión pueda o no modificar ese lecho rocoso.

No podemos negar, aunque nos sorprenda -por los giros revolucionarios a los que nos tiene acostumbrados Wittgenstein- que está presente en su obra -específicamente en *Sobre la certeza*, texto al cual nos hemos circunscripto- la búsqueda de un fundamento sólido; y lo encuentra en nuestra forma de vida, la cual proporciona o modela nuestro modo de ver el mundo, nos provee de una base, del término para toda investigación y justificación.

Bibliografía

Conway, Gertrude: *Wittgenstein on Foundations*; New Jersey: Humanities Press International, 1989.

Kenny, Anthony: *Wittgenstein*; España: Revista de Occidente, 1973.

Stroll, Avrum: *Moore and Wittgenstein on Certainty*; Oxford, New York, etc.: Oxford University Press, 1994.

Tomasini Bassols, Alejandro: *El pensamiento del último Wittgenstein. Problemas de filosofía contemporánea*; México: Trillas, 1988.

Wittgenstein, Ludwig: *Sobre la certeza*; Barcelona: Gedisa, 1988.
Investigaciones filosóficas; Barcelona: Crítica, 1988.

EL REALISMO CIENTÍFICO EN CARLOS ASTRADA

Beatriz Bruce

Resumen

Las dos formas de la controversia entre realismo-antirrealismo, preocupación principal de la epistemología contemporánea, estaban ya presentes en los desarrollos epistemológicos de principios del siglo XX. La primera de las polémicas se ocupaba del problema de la existencia de entidades referidas por los términos teóricos. La segunda, la del realismo acerca de las teorías, se centraba en el objetivo de la ciencia.

En nuestro país, el filósofo Carlos Astrada defiende la orientación realista en sus dos dimensiones. La exposición argumental del filósofo cordobés está dirigida más bien a refutar las posiciones antirrealistas que a fundamentar su propio enfoque. A pesar de esta limitación, encontramos sistematizados sus desarrollos fundamentalmente en dos textos: en un trabajo temprano, que le valió ganar una beca de estudio en Alemania en 1927 denominado “El problema epistemológico en la filosofía actual” y en *Dialéctica y positivismo lógico*, ensayo publicado en 1961.

Scientific realism in Carlos Astrada

Abstract

The two forms of the realism-antirealism controversy, a central concern of contemporary epistemology, were already present from the early twentieth century onwards. The first controversy concerns the existential problem of entities referred by theoretical terms. The second one concerns the realism of theories, and focuses on science's goal.

In our country, philosopher Carlos Astrada supports realism in both senses. His arguments are more aimed at refuting anti-realistic positions than at adopting a positive stance. In spite of this limitation, some of his systematized ideas can be found in the following two texts: an early piece, “The epistemological problem in current philosophy” -which won Astrada a German study grant in 1927- and in *Dialectics and logical positivism*, an essay published in 1961.

Uno de los tópicos de mayor presencia en la filosofía de la ciencia actual es la discusión sobre el realismo científico. La hegemonía de esta preocupación es empíricamente contrastable al revisar los títulos y los contenidos argumentales de la producción más reciente en este campo disciplinar³⁷. En la génesis del proceso de

³⁷ Cf. entre otros: Leplin, Jarrett: *A novel defense of scientific realism*; New York: Oxford University Press, 1997; Maxwell, Grover: “The Ontological Status of Theoretical Entities”, en Th. Schick Jr.: *Readings in the Philosophy of Science. From Positivism to Postmodernism*; London-Toronto: Mayfield, 2000; Putnam, Hilary: “What is Realism?” en Jarrett Leplin (ed.) *Scientific Realism*, Berkeley, etc.: University of California Press, 1984; Hacking, Ian: *Representar e intervenir*; México: Paidós/UNAM, 1996; Cartwright, Nancy: *The Dappled World*, Resumen y traducción Ricardo Gomez, Mimeo; Hellman, Geoffrey: “Realist Principles” en *Philosophy of Science* N° 50, 1983; Fine, Arthur: “The Natural Ontological Attitude” en Th. Schick, Jr.: *Readings in the Philosophy of Science. From Positivism to*

reintroducción de la controversia entre posiciones realistas y antirrealistas, han jugado un papel fundamental los planteos esbozados y abiertos por el libro de Kuhn³⁸, *La estructura de las revoluciones científicas* pero es, sin lugar a dudas, la publicación de Bas Van Fraassen, *La imagen de la ciencia*³⁹, el hecho que señala la instalación de un abordaje polémico de la temática. Como reconoce Ricardo Gómez, el llamado “empirismo constructivo” produce un nuevo quiebre en los estudios epistemológicos, al focalizar su interés en el intento de responder a la pregunta acerca de qué información nos dan las teorías científicas sobre el mundo.

Desde el momento señalado, el problema ha quedado centrado en intentar dilucidar el status cognitivo de las leyes y teorías. Pero en esta discusión se entremezclan aspectos epistemológicos -qué conocimiento nos brinda la ciencia- y ontológicos -acerca de qué es ese conocimiento-. Esta bidimensionalidad problemática la podemos identificar, con palabras de Hacking, en dos formas de presentarse la polémica sobre el realismo: “El realismo acerca de las entidades nos dice que muchas entidades teóricas realmente existen. El antirrealismo niega esto, y dice que son ficciones, construcciones lógicas, o partes de un instrumento intelectual para razonar acerca del mundo ... El realismo acerca de las teorías nos dice que las teorías científicas son verdaderas o falsas independientemente de lo que sabemos: la ciencia cuando menos aspira a la verdad, y la verdad es como es el mundo. El antirrealismo nos dice que las teorías son a lo mucho legítimas, adecuadas, buenos instrumentos de trabajo, aceptables pero increíbles, o qué sé yo”⁴⁰.

Con anterioridad a estos nuevos nombres y planteos, las dos formas de la controversia entre realismo-antirealismo estaban presentes en los desarrollos teóricos desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX, aunque no fueran centrales en el territorio epistemológico. La animadversión de la tradición positivista, en sus múltiples apariciones, por la metafísica, había excluido de la preocupación epistemológica

Postmodernism; op. cit.; Mc Mullin, Erman: “Selective Anti-realism”, *Philosophical Studies* 61, 1991, etc..

³⁸ El libro de Thomas Kuhn sienta las bases para la introducción de la discusión realismo/antirrealismo, a través de algunas afirmaciones contrastantes acerca del alcance del concepto de “mundo”. V.g. “cuando cambian los paradigmas el mundo mismo cambia con ellos” o “aunque el mundo no cambie con un cambio de paradigma, el científico después trabaja en un mundo diferente”. Cfr. Kuhn, Th.: *La estructura de las revoluciones científicas*; Bs. As.: FCE, 1988, en especial el capítulo X “Las revoluciones como cambios del concepto de mundo”.

³⁹ Van Fraassen, Bas: *La imagen de la ciencia*; México: Paidós/UNAM, 1996.

⁴⁰ Hacking, Ian: *Representar e intervenir*; México: Paidós, 1996, p.46.

problemas que en cierto grado tuvieran vinculación con aquella disciplina. Pero, aunque fuera marginal o secundaria, la discusión ontológica se presentaba.

La primera de las polémicas, la que trata sobre entidades, se presentaba a su vez, en dos niveles. En el nivel de la base empírica, se circunscribía a discutir el referente de los enunciados singulares, enunciados observacionales, enunciados protocolares. La respuesta a la pregunta ¿de qué hablan estos enunciados? dividía las aguas entre los realistas -hablan de objetos independientes a los sujetos- y fenomenalistas -hablan de estados preceptuales-. Pero ninguna teoría científica importante se agota en lo observacional, sino que, por el contrario, incorpora un conjunto de términos teóricos. La propuesta realista en este nivel se resuelve sosteniendo la existencia de las entidades referenciadas que tendrían presencia ontológica aunque no hubiera una teoría que se refiriera a ellas.

La segunda polémica, la del realismo acerca de las teorías, se centraba en el objetivo de la ciencia. Se separaban acá las posiciones realistas -la ciencia es búsqueda de la verdad- de la de los instrumentalistas, quienes agotan el objetivo en la predicción exitosa. Las teorías científicas no son entonces verdaderas o falsas, sino modelos hipotéticos más o menos útiles para descubrir la naturaleza.

En nuestro país, el filósofo Carlos Astrada defendió una orientación realista en las dos dimensiones. Se opone tanto al fenomenalismo y al nominalismo como al instrumentalismo, posturas que encuentra representadas en las perspectivas de Mach, Duhem, Poincaré, filósofos que a pesar de presentar profundas discrepancias entre sí, tienen, a este respecto, un fuerte aire de familia. Estos autores representan, además, un hito importante porque se constituyen en puntales para la formación de la generación inmediatamente posterior en filosofía de la ciencia, la generación del neopositivismo. Dentro de esta última escuela y en relación a la posición antirrealista, es Carnap uno de los principales focos en los que se concentra la crítica astradiana.

La exposición argumental del filósofo cordobés está dirigida más bien a refutar las posiciones antirrealistas que a fundamentar su propio enfoque. A pesar de esta limitación, encontramos sistematizados sus desarrollos fundamentalmente en dos textos. En un trabajo temprano, que le valió ganar una beca de estudio en Alemania en 1927, denominado “El problema epistemológico en la filosofía actual”, examina las posiciones de Poincaré, Mach, Duhem y Meyerson para finalizar abordando otras formulaciones como el neokantismo y la fenomenología. El segundo trabajo en que discute el tema es *Dialéctica y positivismo lógico*, ensayo publicado en 1961, en el cual

emprende un examen de las tesis del neopositivismo, tradición que entiende continuadora del machismo o positivismo crítico de finales del siglo XIX⁴¹. Cabe aclarar, dado el desconocimiento en que ha caído el corpus filosófico de Astrada, que ninguno de los dos textos agota su intención y su contenido en la discusión que acá abordamos; por el contrario, ambos dirigen su atención hacia otros problemas y autores que no serán explicitados por exceder la temática propuesta.

Volviendo a nuestro asunto, lo primero que tendríamos que mencionar es que para Carlos Astrada, filósofo que ubicamos en un sector de la fuerte y disímil reacción al positivismo de las primeras décadas del siglo pasado en nuestro país, la filosofía de la ciencia no puede agotarse en el estudio de los objetos, leyes y métodos del quehacer científico, sino que tiene como tarea fundamental el examen de los supuestos básicos o fundamentos de esa actividad. Avanzando en esta dirección, considera que el supuesto ontológico de la existencia del mundo está siempre presente y permanece latente en todas las leyes científicas.

Apoyándose en Meyerson, comparte la afirmación de que “la ciencia no es positiva y tampoco contiene datos positivos, en el sentido preciso que ha sido dado a éste término por Augusto Comte y sus secuaces, datos ‘despojados de toda ontología’. La ontología forma cuerpo con la ciencia misma y no puede ser separada de ésta”⁴². Desde esta convicción adhiere a lo que Hellman considera como una tesis ontológica del realismo, que plantea que gran parte de la ciencia investiga un mundo independiente de la mente. La relativización en la formulación permite dar cabida a disciplinas como psicología y lingüística, que pueden ser controversiales a este respecto. Esta tesis que pretende demarcar claramente el realismo de las variadas versiones del empirismo, conlleva al sostenimiento de objetos como referentes del vocabulario teórico.

Se opone así fuertemente a la posición de Mach, quien consideraba que lo único que nos es inmediatamente dado son las sensaciones. A partir de allí, a ciertos conjuntos de sensaciones, que se nos presentan con relativa constancia, los designamos con el nombre de cosas. Dicho de otro modo, un hecho físico o psíquico no es nada más que un conjunto relativamente persistente de elementos simples: colores, sonidos, espacio,

⁴¹ El ensayo de 1927 fue publicado como “En torno a la Wissenschaftslehre de Husserl. El problema epistemológico en la filosofía actual”, en Astrada, Carlos: *Ensayos filosóficos*; Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 1963, p. 11-54. La referencia del otro texto de Astrada, es: *Dialéctica y positivismo lógico*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1961.

⁴² Citado por Astrada, Carlos: “En torno a la Wissenschaftslehre de Husserl. El problema epistemológico en la filosofía actual”, en *op. cit.*, p.19. Esta obra es la que se sigue en adelante, para los desarrollos críticos a Poincaré, Mach y Duhem.

tiempo, presión, etc.. No son los cuerpos externos los que engendran las sensaciones, sino que son los complejos de sensaciones los que forman los cuerpos. En definitiva, los conceptos de los que se vale la ciencia son entonces simples signos que resumen e indican las posibles reacciones del organismo humano ante un conjunto persistente de sensaciones.

Esta posición fenomenalista lleva a Mach a formular que “La ciencia puede ser considerada como una especie de colección de instrumentos que nos permiten completar por el pensamiento hechos que no nos son dados más que en parte, o limitar, tanto como sea posible, nuestra expectación en los casos que se ofrecerán en el porvenir”⁴³. Sólo persigue, el conocimiento científico, un fin de previsión y de acción.

También para Henri Poincaré, el conocimiento científico está constituido por un conjunto de fórmulas convencionales, con las cuales se opera. El investigador las adopta porque le son cómodas; no se pregunta si son verdaderas o falsas, sino que las juzga por el valor instrumental que puedan poseer. “Las leyes científicas son convencionalismos, símbolos, pero si las recetas científicas tienen un valor, como regla de acción, es porque en general, como sabemos, tienen éxito”⁴⁴. Estas convenciones que la ciencia utiliza, no son arbitrarias sino que son construidas bajo ciertos límites que le impone la experiencia. Pero la experiencia no alcanza las cosas mismas, sino solamente las relaciones entre las cosas. “Fuera de estas relaciones, no hay realidad cognoscible”⁴⁵.

En el mismo sentido, Pierre Duhem entendía que no cabe científicamente preguntarse si existe una realidad distinta de los fenómenos, de las apariencias sensibles, porque tal cuestión no puede ser resuelta por el método experimental y sería del todo trascendente a la física, concerniendo únicamente a la metafísica. La función de la ciencia es construir hipótesis teóricas, postuladas con función heurística, para “abrir avenidas a nuevas teorías”. Sólo sus derivaciones empíricas -predicciones de fenómenos- pueden ser susceptibles de contrastación, pero la falsación de la consecuencia observacional no regula de manera concluyente la aceptación teórica. Para Duhem “la única prueba experimental de una teoría física que no es ilógica consiste en comparar el sistema entero de la teoría física con la totalidad del grupo de leyes

⁴³ Citado en Astrada, p. 16.

⁴⁴ Poincaré, Henri: *El valor de la ciencia*, p. 219.

⁴⁵ Citado en Astrada, *op. cit.*, p. 14.

experimentales y juzgar si este último es representado por el sistema teórico de manera satisfactoria”⁴⁶. Las teorías son, así, solamente útiles instrumentos de predicción.

Posteriormente, el positivismo lógico con sus tendencias sintactistas y semantistas, produce una mezcla del sensorialismo del positivismo vienés de fines del siglo XIX con el formalismo lógico de Frege y Russell. Su interés central es reducir la epistemología a un análisis lógico-lingüístico de la ciencia. Astrada acepta los aportes del simbolismo lógico para el logro de la exactitud en el campo de la ciencia contribuyendo a la eliminación de la ambigüedad, plurivocidad y vaguedad, pero critica la exageración semantista que les impide ver los límites del lenguaje formal, que en última instancia tiene que sostenerse en saberes previos y en cierto lenguaje objeto preconstituido. Se puede apelar al lenguaje simbólico como herramienta auxiliar, pero no sustituir el discurso por él. Como asevera Astrada: “No es posible aplicar y comprender designaciones simbólicas, sean de la clase que fueran, sin palabras y sin oraciones”⁴⁷.

El Neopositivismo, en una meritoria pero estrecha reacción contra las posturas irracionalistas de ataque al campo científico presente después del desastre europeo de la primera guerra mundial, deslinda la ciencia de los discursos metafísicos implementando lo que se denominó el criterio verificacionista del significado. Para el programa del positivismo lógico, el ámbito del conocimiento es el ámbito de lo lingüístico; dicho de otro modo, el conocimiento se agota en el saber proposicional y los problemas de conocimiento se resuelven en términos semánticos. El significado de un enunciado está constituido por su relación con la experiencia sensorial. Ahora bien, desde esta concepción empirista, disuelven la distinción entre esencia y fenómeno y sólo podemos registrar el producto de nuestra experiencia sensible. Estos presupuestos permiten caracterizar un criterio de demarcación: el conocimiento científico es un conjunto de enunciados cognitivamente significantes en virtud de su relación lógica con la experiencia sensorial.

Al no poder aceptar términos que no tuvieran referente empírico se ven obligados a despreocuparse por la existencia de los referentes, típico problema metafísico. Los átomos, los electrones, las moléculas eran considerados como entidades teóricas creadas para sintetizar y simplificar los datos del laboratorio. Muchos de los

⁴⁶ Duhem, Pierre: *The aim and structure of physical theory*; New York: Atheneum, 1972, p. 200.

⁴⁷ Astrada, Carlos: *Dialéctica y positivismo lógico*, p. 14. Esta obra es la que se sigue para la crítica al neopositivismo.

positivistas eran fenomenalistas: todas las proposiciones que significaban datos de los sentidos debían ser traducibles a afirmaciones sobre impresiones. También por la implementación de este criterio de demarcación estaban condenados a ser instrumentalistas. Concebían las teorías científicas como artificios de cálculo para hacer predicciones. Así, los enunciados de la ciencia son importantes para predecir; son instrumentos de predicción, pero no refieren a una realidad.

Quien representa paradigmáticamente todas estas posturas antirrealistas es Rudolf Carnap, constituyéndose por ello en foco de las críticas de Carlos Astrada. Según el filósofo del Círculo de Viena, la construcción lógica del mundo tiene lugar a partir de la línea fundamental de vivencias elementales y amorfas. Sobre éstas emerge el estrato de los objetos psíquicos propios, al que se superpone luego el de los objetos físicos, sobre el cual surge el estrato de los objetos psíquicos extraños y por último se levanta el estrato de los objetos espirituales. Así, el dominio de las vivencias individuales es primario respecto a todos los otros objetos y las relaciones sintácticas de los enunciados se refieren a ellas.

Carnap es subsidiario de una teoría semántica de la verdad, en la que ésta no depende de la correspondencia con el objeto mentado sino de la posibilidad de confirmarla mediante la experiencia. Por ejemplo, “el lápiz es rojo” es verdadero si se comprueba empíricamente el color rojo del lápiz. Pero esta comprobación se queda en los datos sensoriales sin llegar al objeto. Las teorías son así estructuras lingüísticas convencionales, son maneras de hablar sobre el mundo y no nos llevan, de ningún modo, a aserciones sobre su naturaleza o existencia.

Astrada coincide con Ernst Bloch en que el positivismo lógico es el arte de no pensar jamás dialécticamente, de no aprender a filosofar. Las principales críticas, enumeradas, son: a) supone una distinción, para él inadmisibles al ser planteados los términos como independientes entre sí, entre lo formal y lo material; b) convierte en lógica lo que no es nada más que logística, es decir, un recurso auxiliar; c) eleva a verdad de última instancia la simple certeza, la cual, por el contrario, era el arranque del análisis hegeliano. Esta actitud, concluye, “rechaza desdeñosamente como carente de sentido todo concepto que pretenda ser algo más que formalmente exacto, que aspire a ser materialmente verdadero”⁴⁸.

⁴⁸ Citado por Astrada, *op. cit.*, p. 30. La cita corresponde al texto de Bloch, Ernst: *El pensamiento de Hegel*; México:F.C.E., 1949, pp. 80-81.

A diferencia de lo que enunciaba Poincaré, que “lo que llamamos realidad objetiva es, en último análisis, lo que es común a muchos seres pensantes y lo que podría ser común a todos”, según el filósofo cordobés, “de acuerdo a las conquistas actuales de la ciencia y la filosofía ..., tenemos que invertir la frase y enunciar: *Lo que es común a muchos seres pensantes y podría ser común a todos es el resultado del conocimiento científico de la realidad objetiva*”⁴⁹.

Astrada condensa así la oposición a todas estas posiciones en el sostenimiento de la existencia de un nivel ontológico real, al cual pertenecen las entidades referenciadas por las leyes y teorías científicas, que posibilita, inclusive, la posibilidad del conocimiento. La hipótesis de la existencia del mundo subrepticamente penetra la teoría de la ciencia y el supuesto ontológico está latente en ella. En este sentido nos dice que teniendo presente Hiroshima, el resolver problemáticas acerca de los electrones nos vincula mucho más a hechos que al lenguaje. Se coloca así en la misma línea argumental que en la actualidad ha seguido Ian Hacking al centrar la discusión del realismo científico sobre la práctica. La frase de Hacking, también refiriéndose a los electrones, es: “*Hasta donde a mí concierne, si se puede rociar algo con ellos, entonces son reales*”⁵⁰. La conclusión final de *Representar e intervenir* es que “no es pensar acerca del mundo, sino cambiarlo, lo que al final tiene que hacernos realistas científicos”⁵¹.

Astrada critica la concepción atomística, formalista y estática del lenguaje sostenida por la filosofía neopositivista, en donde se elimina el sujeto hablante y, como consecuencia de este componente fuertemente antirrealista y a-historicista, se descuida el problema del descubrimiento en ciencias. La tendencia a atomizar el mundo en sentencias significativas nos priva de la posibilidad de conocerlo. El positivismo lógico se asemeja así a esos seres de dos dimensiones descritos en uno de los cuentos fantásticos de Apollinaire, que viven pegados a las paredes. Las fórmulas tautológicas que engendra quedan confinadas al papel impreso, a una distancia astronómica de la realidad.

Al ser la de realismo/antirrealismo una polémica inscripta en el campo filosófico, se hace imposible presentar argumentos simples, claros y convincentes que diriman de manera conclusiva la cuestión. Según Astrada, todas las posiciones que

⁴⁹ *Ibidem*, p. 67. Las cursivas están en el original.

⁵⁰ Hacking, Ian: *op. cit.*, p. 41. Las cursivas corresponden al original.

⁵¹ *Ibidem*, p. 16.

niegan la realidad de las entidades referenciadas por leyes y teorías como así también las que discuten como finalidad del conocimiento la búsqueda de la verdad, anulan la tesis explicacionista, ponderando los méritos pragmáticos de los enunciados sólo en base a su éxito predictivo. Pero el más importante argumento reiterado a favor del realismo científico en estos últimos años justamente se ha centrado en el éxito observacional de algunas teorías científicas. El razonamiento que se sigue es que dicho éxito sería inexplicable -sería un milagro, dice Putnam- si no se admitiera que las teorías exitosas son por lo menos parcialmente verdaderas.

Esta línea de desarrollo también está presente en el filósofo cordobés, quien entiende que el éxito y el crecimiento teórico sólo pueden ser explicados desde la premisa de que las teorías dicen algo de verdad. Por ello, retoma un escrito de Dunham que dice: “Los avances de cada día contradicen a los escépticos; el éxito hace que los cínicos dejen de serlo; los que buscan el placer dejan de lado la cautela y los estoicos cambian la paciencia, que necesitaban para la adversidad, por el anhelo que trae la esperanza. Hay una luz que ilumina todas las perspectivas y nunca se le ocurriría a nadie pensar que la filosofía cerniéndose sobre un mundo renaciente, es sólo un soplo de la palabra acerca de la palabra”⁵².

Podemos concluir el trabajo refiriendo que para Carlos Astrada una posición antirrealista sólo puede ser recomendable para aquél que principia a filosofar como contraparte al realismo ingenuo de la actitud natural. De los escépticos puede decirse: “en filosofía todo buen principiante es escéptico, pero si queda siendo escéptico no es nada más que un principiante”⁵³. De idéntica manera, la paráfrasis dictaría que en filosofía de la ciencia todo buen principiante es antirrealista, pero si queda siendo antirrealista no será nada más que un principiante.

⁵² Astrada, Carlos: *op .cit.*, p. 89.

⁵³ *Ibidem.*, p. 88.